

Managua, 10 de febrero de 1932.

Señor Dr. don J. Bárcenas Meneses,
Granada.

Estimado Amigo:

Ahí van, para complacerlo, mis reminiscencias de los últimos sucesos históricos del Gobierno del Gral. don Joaquín Zavala, desde la retirada de Managua el 25 de julio de 1893 hasta que fue formulado el tratado de paz el 30 del mismo mes de julio.

Nuestra retirada de Managua no se distinguió ni por el orden, ni por la estrategia, ni por el valor de los Jefes y de los soldados: fue una precipitada fuga de Managua a Masaya y de Masaya a Granada. El miedo en su grado más alto se apoderó de todos, aun del mismo Gral. en Jefe, quien por la responsabilidad que pesaba sobre él, debió conocer bien la situación y obrar con serenidad.

El miedo, instinto de conservación que nos estimula para huir de un peligro, es propio de todos los animales; pero el hombre debe ser racional y refrenado por la voluntad, que es la reina de todas nuestras facultades. Así se forman esos caracteres firmes y serenos en el peligro, de cuyos ejemplos está llena la historia. En esos hombres ni el miedo se convierte en cobardía, ni el valor en temeridad. En los momentos más difíciles de una batalla, cuando los soldados aterrorizados quieren emprender la fuga, el Jefe de genio siempre encuentra un recurso para contenerlos, una frase para inspirarles las acciones más heroicas, como Sila en las llanuras de Orchomeno, Julio César en la batalla de Munda o el Gral. Prim en la de Castillejos.

Es bien sabido que esa psicopatía o morbosidad de nuestro espíritu, admite varios grados: sospecha, inquietud, aprensión, recelo, temor, miedo, espanto, horror, terror, pánico, etc. . . Cuando alcanza los últimos grados produce ilusiones y alucinaciones extrañas, el paciente ve esqueletos que se mueven, fantasmas que lo persiguen; oye gritos, imprecaciones y amenazas que solo existen en su imaginación; un hombre a caballo le parece un escuadrón de caballería, y otro a pie con un bastón en la mano, un ejército de rifles. Tal es lo que ocurrió a nuestro General en Jefe. Desde las alturas de La Barranca vio entrar en Nindirí uno que otro montado a caballo, y se dijo: las avanzadas del enemigo están entrando en Nindirí, y corrió a Masaya a ordenar la concentración del Gobierno en Granada.

¡Qué ofuscación, por no decir otra palabra más propia! En aquellos precisos momentos el Gral. Zelaya no estaba para mandar avanzadas ninguna parte, listo para salir huyendo a la hora que lo atacaran los conservadores, no le llegaba la camisa al cuerpo.

Dice don José Dolores Gámez en un artículo que publicó en El Diario del Salvador, que si ese día se hubiera aproximado el Gral. Montiel con sus 300 rameños, no habría quedado un liberal por los contornos de Managua. La historia nos presenta ejemplos unas veces de ejércitos que operan sin general, porque el que tenían era incapaz, y otras de general sin ejército porque éste se hallaba sin disciplina y acobardado. Nosotros en aquellos días no tuvimos ni general ni ejército.

Los liberales habían sido derrotados en La Cuesta el día anterior. El Gral. Zelaya, cuando vio perdida la acción, tomó el camino de Occidente; el Gral. Andrés Rivas huyó, dejando a su hermano Fernando María tendido en el suelo, atravesado el pecho de un balazo; y el Gral. Escalón, que se había desmontado de su caballo, fue presa de tal pavor, que salió huyendo a pie, corrió sin tomar aliento hasta los Brasiles donde medio desmayado se dejó caer en una cama y quedó profundamente dormido. Pero tiempo después llegó corriendo a caballo a ese lugar don José Dolores Gámez con la noticia de que los defensores de La Cuesta en número como de dos mil hombres, habían salido huyendo desesperados al grito de ¡Venta! ¡Traición!

¡La derrota se había convertido en triunfo por arte de magia! Zelaya reunió inmediatamente los Jefes, contuvo algunos soldados fugitivos, y emprendió el camino de Managua donde penetró en las primeras horas de la noche, en silencio, receloso, temiendo una emboscada, y no dando crédito a lo que veían sus ojos.

En León se había organizado una junta revolucionaria compuesta de don Pedro Balladares, don Francisco Baca hijo y el Gral. don J. Anastasio Ortiz. Así que hubo llegado Zelaya, se le nombró presidente de esa junta.

Cosa chocante: el Gral. Ortiz era el Gobernador Militar de León, donde existía un buen armamento cuando estalló el movimiento revolucionario. Traición, no solo a su partido, sino también al amigo, al Gral. Zavala, quien lo recomendó eficazmente para aquel alto puesto.

Don Pedro Balladares era el Jefe del partido conservador de León, el mismo aquel de quien dijo el Gral. Vijil que antes vería salir el sol por occidente que a don Pedro Balladares trai-

cionando a su partido. Después, cuando se discutían las bases para arreglar la paz, Ortiz estuvo agresivo y grosero contra sus amigos de la víspera. Así son todos los traidores.

Ahora que esos dos personajes duermen el sueño eterno, no arrojemos lodo sobre sus memorias, y digamos con el Padre Coloma: ¡Paz a los muertos! ¡Paz a los muertos!

Cuando llegamos a Granada, la ciudad era presa de gran pánico. Pocos ciudadanos quedaban habitando sus casas. Unos habían huído con sus familias a las isletas y a las fincas vecinas, y otros habían ido a buscar amparo a las casas de los Cónsules extranjeros. De momento a momento corrían noticias a cual más alarmantes, y todas eran creídas, por absurdas que parecieran.

En medio de aquella tribulación general, se alzó noble y valiente la figura de don Luis Argüello, Alcalde entonces de la que con justo título se llamó la Sultana del Gran Lago. Su ánimo no decayó un momento. Por todas partes se le veía levantando los ánimos abatidos y preparando la ciudad para una defensa eficaz. Son muy dignas de recuerdo sus voces de aliento dirigidas al Señor Presidente cuando nos hallábamos en Masaya. Uno de sus telegrama concluía, más o menos, con estas palabras:

"Aun no hemos sido vencidos. Queda Granada intacta, que sabrá defenderse y vencer como lo ha hecho siempre".

La Mayoría General se instaló en una de las piezas del primer piso de la casa del Gral. don Eduardo Montiel. Fue llamado como colaborador don J. Trinidad Cajina; y él y yo emprendimos el trabajo que se nos confió, dedicándole todo nuestro tiempo, por lo cual no pude enterarme de la marcha del Gobierno. Voy a referir únicamente aquellos sucesos que por su magnitud fueron conocidos de todos los granadinos.

Lo primero que saltaba a la vista era el propósito de nuestros Jefes de no continuar la guerra. No se formulaba ningún plan de campaña, pero ni siquiera se tomaban medidas para defender a Granada de un ataque que se esperaba de un momento a otro. La turba de soldados iba llegando y acuartelándose sin orden ni concierto. Nadie los disciplinaba y adiestraba en el manejo de las armas. Muchos abandonaron sus rifles y no pocos se escondieron y presentaron después, cuando se hubo arreglado la paz, para reclamar su pago.

Si se hubiera querido continuar la guerra, sobraba como hacerlo. Se disponía de toda clase de elementos de guerra en especial de una flamante artillería bien apertrechada, y de dos mil quinientos hombres que podían disciplinarse con facilidad. Compárese esa situación con la de don Fruto Chamorro después de la derrota del Pozo. Don Fruto no contó para defender a Granada más que con su valor y su genio y con unos doscientos hombres que se alistaron apresuradamente, y don Fruto habría salido triunfante de aquella lucha, si la muerte no lo hubiera arrebatado en el momento de coronar la victoria.

El 30 de julio el Señor Presidente convocó a varios ciudadanos a una de las habitaciones de la casa de don Agustín Pasos, donde nos reunimos en las primeras horas de la noche.

Entre las personas que concurrieron conviene hacer especial mención de don Vicente Cuadra, ex Presidente de la República, anciano venerable lleno de merecimientos, y uno de los personajes más notables de aquella época por su gran talento y su recto y claro juicio; el Gral. don Agustín Avilés, el Jefe que dirigió la infausta jornada de La Cuesta; don José Dolores Rodríguez, Ministro de Gobernación del Gobierno de Zavala; y el Dr. don Agustín Pasos.

Cuando todos hubimos tomado nuestros asientos, el Señor Presidente, después de tomar el suyo frente a un escritorio, teniendo a sus lados al Dr. Pasos y al Ministro Rodríguez, nos informó que de conformidad con los deseos de la sociedad de Granada había mandado una comisión a Managua con poderes amplios del Gobierno para discutir con los Jefes de la Revolución las bases de un tratado de paz; que los comisionados, Dr. Pasos y el Ministro Rodríguez, arreglaron unas bases, las cuales deseaba el Gobierno que las conociéramos para que le diéramos nuestra opinión. Las bases eran las siguientes:

Paz y amistad perpetua; olvido recíproco de las disenciones; amplias e incondicionales garantías; la convocatoria de una Asamblea Constituyente el 15 de Septiembre para reformar la Constitución y otros objetos que se indicaban; la designación del número de Diputados que debía elegir cada departamento; el compromiso de que la elección se hiciera por medio del sufragio directo; el licenciamiento de las tropas de ambos beligerantes, hecho en sus cuarteles; el reconocimiento de los grados militares y el de las deudas en la forma que habían sido contraídas; y por último la reorganización de los Tribunales de Justicia ocho días después de firmado el tratado.

Concluida la lectura, el Dr. Pasos nos informó de la manera fina y hasta afectuosa con que fueron recibidos y aun festejados por los Sres. Zelaya, Baca y Gámez, y de lo agresivo que estuvo Ortiz durante las discusiones, quien una vez se levantó haciendo chasquear su espada, y diciendo: "Dejemos de discusiones y resolvamos nuestros asuntos en el campo de batalla", lo cual fue visto con notable desagrado por sus otros colegas. Así mismo nos informó de otros actos de hostilidad del Gral. Ortiz.

Después que hubo acabado de informarnos el Dr. Pasos de otros detalles interesante, casi todos los de la concurrencia pedimos al Sr. Rodríguez que nos manifestara su manera de pensar, él que conocía bien nuestra situación y había tratado muy de cerca a los Jefes de la revolución. El Sr. Rodríguez habló en los siguientes términos:

Ya conocen Uds., señores, esas bases. Son muy bonitas; pero, yo pregunto: Serán cumplidas mañana? Cuando los nuevos Jefes del Gobierno no tengan otro poder que los obligue que su propia conciencia? La conciencia del vencedor frente al vencido... Todos sabemos lo que eso significa convénzanse Uds. y no se paguen de palabras: esto no es un tratado de paz; es lisa y llanamente la capitulación de Granada. Si se aprueban esas bases, desde hoy la Reina del Gran Lago va a empezar a sufrir un fargo y doloroso martirio, y cada día irá perdiendo importancia al redoble de fuertes golpes, hasta acabar como no ha acabado nunca un granadino ¡tristemente!

Luego el Señor Presidente suplicó a don Vicente Cuadra que emitiera su opinión. El señor Cuadra habló más o menos en los siguientes términos:

Señor Presidente. Los liberales de hoy, especialmente los de Managua, se han venido quejando de que los juzgamos por lo que hicieron sus antepasados; es decir, que los condenamos sin haberlos visto gobernar. Desean el Poder, no para cometer actos deshonorables, sino para realizar un ideal de progreso, un sistema de gobierno más perfecto que el de los conservadores. Si esto ha de ser así, no les pongamos estropezos, que vengan los managuas a gobernarnos. Eso es tanto más necesario cuanto que en las actuales circunstancias, después de la triste defensa de La Cuesta, no veo quien pueda dirigir la guerra con acierto.

¡Ah! Nunca hubiera dicho la triste defensa de La Cuesta, ha visto Ud., amigo Bárcenas, como se levanta furiosa una culebra de cascabel cuando se le pisa el rabo? Pues así fué la furia con que se levantó el Gral. Avilés, gritando, llorando, pateando, diciendo palabras inconexas, y agitando las manos cerca del rostro de don Vicente.

El Dr. Pasos se levantó precipitadamente de su asiento, y tomando a don Vicente por el brazo, le dijo:

"Vámonos a su casa, don Vicente.. No está Ud. para recibir insultos".

Con don Vicente se levantaron y salieron don Manuel Cuadra y otros miembros de la familia.

Calmados los espíritus, después de este incidente desagradable, el señor Presidente dijo dirigiéndose a la concurrencia:

"Señores van a votar Uds. por la paz o la guerra; los que opinen por la paz, pónganse de pié, los que opinen por la guerra quédense en sus asientos.

Solo se pusieron de pié unos tres o cuatro.

El Sr. Presidente manifestó cierta sorpresa. Según pareció, él creía que la paz se iba a votar por unanimidad.

Alguien le dijo: "Señor Presidente: muchos por no ponerse de pié, aparecen votando por la guerra. Cambie Ud. esa fórmula, y lo verá.

El Señor Presidente dijo entonces:

Vamos a repetir la votación. Los que opinen por la paz, quédense sentados, y pónganse de pié los que opinen por la guerra.

Casi todos, como movidos por un mismo resorte, nos pusimos de pié.

Está bien, nos dijo el Sr. Presidente, veo con verdadero gusto la reacción que se ha operado en los granadinos. Ayer todavía, temiendo que los liberales nos vinieran a atacar, se me pedía que me apresurara a arreglar la paz. Yo los felicito; pero después de todo lo pasado, no soy yo quien debe continuar en este puesto. Una junta, como ésta me elevó al poder, ante otra igual lo resigno. Pido a Uds. que procedamos a escoger la persona que debe sustituirme.

Todos le dijimos: "Queremos que Ud. continúe hasta el fin".

Está bien, repuso él. Pero un asunto de tal trascendencia, son los Jefes militares los únicos que pueden resolverlo acertadamente. Voy a tener un Consejo de Generales. Lo que se resuelva, y no duden que será lo que más convenga, lo sabrán Uds. mañana.

Lo que se resolvió, bien lo sabe Ud., y bien lo sabe todo el país.

La historia, amigo Bárcenas, es la maestra de la vida. Cada caída de una generación marca un escollo que deben evitar las generaciones siguientes, y señala nuevos derroteros para el progreso.

Que Granada, reconociendo sus errores pasados, procure recobrar la importancia perdida por la educación de sus hijos, inspirándonos el amor al trabajo, a las ocupaciones útiles y lucrativas, a las ciencias, a las artes, a la industria y al comercio. Así logrará quebrantar la ley tremenda del Hado y ser la más grande, la más próspera, y la más feliz de nuestra Patria.

PABLO HURTADO